

Principias á lo auter de Ariáucana,
Y en decirnos las cosas que nos cantas
Se van medio romance y la mañana.
Acabas el exordio, y ya me plantas
Un pedimento en tono de abogado,
Con el cual de patillas me levantas.
Dices que en el correo no has hallado
Carta mía al llegar á ese destino;
Y á mí ¡quién me escribió que habías llegado?
¿Soy acaso profeta ó adivino?
Lo que está junto á mí veo con pena,
¡Y veré á ochenta leguas de camin!
Sin culpa tu cariño me condena;
Yo no pude saber si tu navío
Dió fondo en el Ferrol ó en la Cayena.
Presida nuestro amante desafío
La diosa Astrea; su justicia invoco,
Que diga si el error es tuyo ó mio.
No conozco á *Astarot* mucho ni poco;
Pero, pues sientes tanto que *ando suelto*,
Sin cuda debe ser un grande loco.
Abandonar la carta había resuelto;
Mas ya que en estas rimas infelices
Involuntariamente me hallo envuelto,
Vamos á los sonetos, que me dices
Te dé mi parecer sobre ellos: digo
Que son composiciones muy felices.
Pero no he de callarte, como amigo,
Los reparos de cierto apasionado,
Que gran reputación goza conmigo.
Capuzo (dice el tal) muy obligado
Te debe estar, pues su renombre acreces,
Haciéndole sujeto muy nombrado.
Y quien lea los versos que le ofreces,
No acabará del todo la lectura
Sin nombrarle á lo ménos siete veces.
A fe que dice el tal la verdad pura:
Tanto poner el nombre del sujeto
Huele á ripio á cien leguas de andadura.
Y aquel *Capuzo* del primer cuarteto,
Tal capuzon quisiera yo que diese,
Que á salir no volviera en el soneto.
Ojalá éste el reparo único fuese
Que en la frente ceñuda y arrugada
Al rígido censor se le pusiese.
Siguió, pues, la lectura comenzada,
Llegó á aquel *casi llora*, y al instante
Dijo: «Esto no me gusta *casi nada*.»
Quitale al llanto el *casi* de delante,
Y déjale llorar á rienda suelta,
Que no es lo más impropio en un amante.
Ya tu composición quedaba absuelta
Por lo demás; pero el censor de pronto
Dijo con voz irónica y resuelta:
«Ó yo vivo engañado como un tonto,
Ó aquí hay un disparate positivo.»
Yo á responder en tu favor me apronto.
«¿No dicen que á su ausente con un vivo
Amor esa *Amarilis* corresponde?
Luego no viene á pelo *amor esquivo*.—
»Señor, yo dije, á nadie se le esconde
Que de aquello á que fuerza el consonante
Ni el poeta más clásico responde.
»Si en vez de *pensativo*, vacilante
Hubiera puesto en el renglon primero,
No fuera *esquivo* amor, sino constante.»
Amigo, el consonante y el dinero
Son dos cosas que en este mundo triste
Por las más poderosas considero;
Pues así como el rico á quien asiste
Un buen bolsón de mejicana fruta
La frágil castidad no le resiste;
Así, acabando un verso en *absoluta*,
Á mujer que se mete en el siguiente
Su honor el consonante le disputa.
Con esto el escrutinio impertinente
Tuvo fin, y el soneto á *Proserpina*
Por todos fué aprobado de excelente.
Si tu curiosidad tenaz se ostina
En conocer al reprensor adusto
Que tan inexorable te examina,
Sábetete que es un griego que de Augusto

El siglo conoció, y en su palacio
Fué alojado; su nombre es el Buen-Gusto.
Floreció con Virgilio y con Horacio,
Y muertos ellos se acogió al Parnaso,
Donde vivió escondido largo espacio;
La española Talía no hizo caso
Jamás de él, y no fuera conocido
A no ser por el jóven Garcilaso.
Este, habiendo la Italia recorrido,
En un valle se ve que le restaura
Con mil aromas el vigor perdido.
Sonando el agua y murmurando el aura,
Y respondiendo el eco, esparcen sólo:
«Aquí Petrarca suspiró á su Laura.»
Y sobre el solitario mausoleo
Reclinado el Buen-Gusto, se lamenta
De la pérdida musa al rubio Apolo.
Entonces Laso á visitar le alienta
Las desvalidas máyades del Tajo,
Y los pastores que cantar intenta.
A nuestra España á su pesar le trajo,
Cuyo vulgo poético al buen viejo
Recibió con estéril agasajo.
Viendo, como en un claro y fiel espejo,
En él su barbarismo retratado,
Tomaron el huirle por consejo.
Fué el número de amigos muy contado
En aquel feliz tiempo, que en el nuestro
A dos indiferentes no ha llegado.
Este divino y singular maestro,
Cuyas huellas seguir procuro en vano,
Me dictó los errores que te nuestro.
Resignación y enmienda, Feliciano.

CANCIONES.

I.

EL SUEÑO IMPORTUNO.

No vengas, dulce sombra
De mi adorado dueño,
A hermohear mi sueño
Para volar con él:
Mi labio ¡ay Dios! te nombra;
Pero despierto, y pago
Caro el fugaz halago
Con un dolor cruel.

Ponga lá noche al ménos
Tregua á las ansias mías;
Y pues me sobran días
Para apurar su hiel,
No vengas, dulce sombra
De mi adorado dueño,
A hermohear mi sueño
Para volar con él.

Muerte es la negra noche,
Muere del sol el rayo,
Ceden á igual desmayo
Campo, aveçilla y flor;
Y hallo en tan vasto luto
El infeliz consuelo
De ver el mundo en duelo,
Como lo está mi amor.

Si él á oprimir bastare
Mi párpado un momento,
El velador tormento
Siendo un momento infel;
No vengas, dulce sombra
De mi adorado dueño,
A hermohear mi sueño
Para volar con él.

Quando en la amarga lucha
De mi tenaz congoja

Sobre el cojín se arroja
Mi acalorada sien,
Este el postrer suspiro
Es, digo, y postrer gota
Que de mis ojos brota
Para el ingrato bien.

No anhelo sueño entonces,
Sino mortal letargo;
Mas ¡ay! que el llanto amargo
Vuelve á mis ojos fiel,
Tras la implacable sombra
De mi adorado dueño,
Que hermoheó mi sueño
Para volar con él.

No soy de los felices
A quienes blando el sueño
Suele volver risueño
Dichas que les robó.
A mí un sopor terrible
Lígame en férreos lazos,
Para arrojarne en brazos
Del ansia en que me halló.

Para respirar soñando,
Sin despertar muriendo,
De tanto espectro horrendo
Entre el feroz tropel,
No vengas, dulce sombra
De mi adorado dueño,
A hermohear mi sueño
Para volar con él.

Sé fiel á mis desdichas,
Oh sueño; en tus delirios,
Píntame los martirios
De mi constante fe.
Píntame los rigores
O la cruel cadena
A que ella me condena
Cuando á sus piés me ve.

Mas si en mi mal piadoso
Vas á pintarla humana.....
Mientes, que ella es tirana,
Rompe el falaz pincel,
Y huya la amable sombra
De mi adorado dueño
De hermohear mi sueño
Para volar con él.

II.

LA CELMIRA (1).

Hoy por la vez primera,
Verdad sencilla y pura,
Elevaré el mérito en tus manos;
Su forma verdadera,
Libre de la impostura,
Hoy será manifiesta á los humanos;
Con furoros insanos
Sus divinos reflejos
Acechará la envidia desde léjos.

A tí, deidad amable,
Consagro yo mi lira,
Cuya inocente voz el mundo extraña,
Porque en el execrable
Templo de la mentira
Nunca viles elogios acompaña,
Ni glorias del que baña
La tierra con espanto,
En sangre la mitad, el resto en llanto.

(1) Fué hecha esta composición á la Duquesa de Alba, por la presentación que se efectuó en su casa, asistida de algunos amigos. Bajo el nombre y fábula de Celmira se elogia el completo desempeño que dió la Duquesa á la tonadilla del Misántropo; y luego el buen gusto y cumplimiento de toda la función, con alusión á las muchas prendas sociales que adornaban á tan amable dama.

Mientras esos feroces (2)
Guerreros por las manos
De los que les maldicen se coronan,
Entonando sus voces
Elogios inhumanos
Al són de los suspiros que ocasionan,
Dulcemente se entonan
Los ecos de mi lira
Para cantar las glorias de Celmira.

El céfiro su aliento,
Las aguas su murmullo,
Aves y ninfas sus cantares glosan
De Febo en el asiento;
Pero viendo el orgullo
Noble con que cantar mis labios osan,
Las aguas se reposan,
Los aires se suspenden,
Las ninfas y los pájaros atienden.

Todo en silencio calla,
Y aun el silencio escucha;
Las praderas del Pindo se semejan
A un campo de batalla
Cuando la fiera lucha
Los vencedores y vencidos dejan;
Y hasta los que se quejan
De su tremenda suerte
Se entregan al silencio de la muerte.

Febo libra sus sienes
De los cabellos rojos,
Por no perder un eco de mi canto.
No te admire si tienes,
Celmira, en esos ojos
Para débiles hombres tal encanto,
Pues reparé, entre tanto
Que te nombraba el labio,
Mi propio rendimiento en el dios sabio.

Yo canté tu belleza,
De las almas consuelo,
Zagala, de los ojos alegría;
En quien naturaleza,
La fortuna y el cielo
Repartieron sus dones á porfía;
Y aun tuve la osadía,
Al par de tu hermosura,
De celebrar tu gracia y tu ternura.

El noble sentimiento
Que en ese pecho asiste,
Y ajenas desventuras no tolera;
Con que le das contento,
Sin que le pida, al triste,
Y remedias su mal tan placentera,
Que el triste no quisiera,
Cuando aliviado parte,
Acabar de tomar por no dejarte.

Así yo repasaba
Tus prendas de una en una,
Esforzando el acento; mas Apolo,
Que absorto me escuchaba,
No es dado á voz alguna
(Dice) con dignidad, sino á mi solo,
Llevar de polo á polo
De Celmira la gloria;
Oid en el amor su gran victoria:

Al despuntar el día (3),
Cuando mi luz ya dora
Las copas de los álamos mayores,
De su redil salía,
Más bella que la aurora,
La dulce perdición de los pastores;

(2) Sólo se alude á los que únicamente la ambición de gloria mueve á desear la guerra; no á los que, estimulados del honor ó la necesidad, toman las armas para asegurar la paz.

(3) Esta ficción es el asunto de la expresada tonadilla del Misántropo.

No con vivos colores
Afrentando á la rosa,
Sino pálida, triste y pesarosa.

Turbado el claro brillo
De sus celestes ojos,
Y queriendo ocultar con su cabello
El semblante amarillo,
Porque le da sonrojos
Llevar en él de su pasión el sello;
Viendo el Amor aquello,
Con agitar el ala
Esparce el pelo, y la pasión señala.

Cediendo á su destino
La cuitada pastora,
Buscaba de Damon el aposento;
Tal vez en el camino
Se acuerda que el que adora
Desconoce de amar el sentimiento;
Y presagia el tormento
De sentir vivamente
Sin poder inspirar lo que se siente.

Ya ve, por fin, la casa
Del Misántropo adusto;
Y teme y se alborota vacilante;
Tal caminante pasa
De la congoja al gusto
Si la perdida senda ve delante;
Tal pasa el navegante
Del gusto á la congoja
Cuando duerme la mar, cuando se enoja.

En el umbral confusa
Piensa que sus pasiones
A las aras de amor le precipitan;
El pudor lo rehúsa,
Pero grandes acciones
Siempre víctimas grandes necesitan;
Los incendios que agitan
Su pecho reconcentra,
Vence el amor, se termina, y entra.

En soledad austera,
Huyendo los placeres,
Vive Damon en rústico recreo;
Que como si no fuera
El padre de los seres
Amor, lo llama tope devanco,
Que nace del desco,
Con la esperanza crece,
Y con la posesión desaparece.

No hay gracias de hermosa
Para su pecho helado,
Erizado de rígidos abrojos;
Ignora la dulzura
De amar y ser amado;
No consulta las risas, los enojos
De dos hermosos ojos
En el callado giro;
No conoce la fuerza de un suspiro.

La triste enamorada
Con todo el atractivo
Del bello sexo y de la edad florida,
De su pasión llevada,
Preséntase al esquivo,
De amor á un tiempo y de temor perdida;
La voz fué detenida
Por el dolor agudo,
Mas.... ¿qué no dijo su semblante mudo?

Yo vi la más hermosa,
La zagala más tierna
A los piés del mortal más inhumano
Quejarse tan ansiosa
De un congoja interna,
Que moviera á piedad un tigre hircano;
Yo vi bañar en vano
Su llanto el duro suelo,
Y en vano su lamento herir el cielo.

Ya en el críel fijaba
Los ojos expresivos,
Y el críel la miraba, y se reía;
Ya del pecho exhalaba
Suspiros fugitivos,
Y parece que en ellos le decía:
Vuélveme el alma mía,
Vuélveme el alma, fiero;
Y responderle el bárbaro: no quiero (1).

¡Inútiles rigores!
Venció.... mas tente, lira;
Todo sensible corazón te entiende:
En batalla de amores
Siempre vence Celmira;
Si su victoria, cielos, os ofende,
Vuestro furor enciende,
Y á venganza os provoca,
Poned al hombre un corazón de roca.

Pero que no palpiten
Los que saben á prueba
El secreto placer de un triste llanto;
Que la ternura admiten,
Y ella misma les lleva
A ser amantes de Celmira, en tanto
Que le presta su encanto
Y su viveza propia
El noble original de quien es copia.

¡Modelo incomparable,
Más lleno de ternura
Que la diosa de Páfos y Citéres;
De cuya sombra amable
Huye la desventura,
Y la siguen jugando los placeres!
Tú logras cuanto quieres
Del corazón sensible
Por una seducción irresistible.

Cuanto tu rostro mira,
Cuanto tu planta toca
Abandonan los hados rigurosos;
Calma la mar su ira,
Marte el furor revoca,
Soldado y marinero son dichosos;
Cesan los dolorosos
Ayes de la indigencia,
Renace la esperanza en tu presencia.

Tú la frente serena
Alzas, donde reside
Más que el rayo del sol un genio claro;
Oyes gemir, con pena,
La educación que pide
A la moral beaxético reparo (2);
Y volando á su amparo
Con tu persona y bienes,
A corregir el vicio te previenes.

Piensas, y sus audacias
Prueban las bellas artes,
Erigiendo el teatro en un momento;
Ries, y las tres Gracias
Vuelan por todas partes
A colmar de deleite el aposento;
Hablas, te da su aliento
La dulce poesía;
Cantas, Febo te presta su armonía.

Así en amable lazo
Con dos hermosas damas,
Que parece en su seno han escondido,
Una desde el regazo
De Venus lentas llamas,
Otra menudas chispas de Cupido,
Con el joven querido
De tí, mas no tan solo,

(1) Reminiscencia evidente de una cantilena de Villegas.
(2) *La Señorita mal criada*, comedia de don Tomas de Iriarte.

IV.
LOS DEFENSORES DE LA PATRIA.
CANCION CIVICA (2).

Mota.

*Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria,
¡Qué bello morir!*

Partamos al campo,
Que es gloria el partir;
La trompa guerrera
Nos llama á la lid:
La patria oprimida,
Con ayes sin fin
Convoca á sus hijos,
Sus ecos oid.

¡Quién es el cobarde,
De sangre tan vil,
Que en rabia no siente
Sus venas hervir?
¡Quién rinde sus sienes
A un yugo servil
Viviendo entre esclavos,
Odioso vivir!

Placeres, halagos,
Quedaos á servir
A pechos indignos
De honor varonil;
Que el hierro es quien colo
Sabrá redimir
De afrenta al que libro
Juró ya vivir.

Adios, hijos tiernos
Cual flores de Abril;
Adios, dulce lecho
De esposa gentil:
Los brazos, que en llanto
Bañáis al partir,
Sangrientos, con honra,
Veréisllos venir;

Mas tiemble el tirano
Del Ebro y del Rhin,
Si un astro á los buenos
Protege feliz.
Si el hado es adverso,
Sabremos morir....
Morir por Fernando
Y eternos vivir.

Sabrás el suelo patrio
De rosas cubrir
Los huesos del fuerte
Que espere en la lid:
Mil ecos gloriosos
Dirán: «Yace aquí
Quien fué su divisa
Triunfar ó morir.»

CORO.

*Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria,
¡Qué bello morir!*

V.

A LA BATALLA DE SALAMANCA.

CORO.

*Viva el grande, viva el fuerte
Que, en la más gloriosa accion,*

(2) Fué compuesta para reanimar el espíritu, abatido por los reveses que sufrieron nuestros ejércitos en 1809.

Que le quiere tambien el mismo Apolo.

Y la noble comparsa
De amigos, que con arte
Supieron dar aspecto verdadero
A la graciosa farsa
Del divino Iriarte;
Y aquella cuyo canto lisonjero
Suele aplaudir, primero
Que las batientes palmas,
El embeleso mudo de las almas.

Hiciste las delicias
Del concurso lucido,
Siendo tu casa templo del buen gusto;
Ganaste las albricias
Del autor ofendido,
Que vió dar á su pieza el precio justo;
Y el censor más adusto,
Participando el pasmo,
Tus gracias aplaudió con entusiasmo.

¡Instantes de ventura,
Breves como apreciables,
Precursores de mal tan excesivo!
Quien os dió la dulzura,
¿Por qué no os hizo estables,
Alargando un placer tan fugitivo?
Cuai relámpago vivo,
Que en la negra tormenta
Brilla, deslumbra, y la tiniebla aumenta;

Así desaparece (1)
De nosotros Celmira....
Sin que mi canto detenerla pueda;
El número desfallece,
Suelto la débil lira,
Paso á la voz el sentimiento veda;
Y más acción no queda
Al labio que la carta
Sino adorar su fugitiva planta.

III.

EL CIPRES,

Ó EL LLANTO DE UNA MADRE,

Triste cipres, que entre las nubes meces
Tu oscura cima y tu letal verdor;
Tú, que obelisco de afición pareces,
Al cielo eleva mi infeliz clamor.
Una flor lloro que la Parca dura
Robó á mi seno en su primer matiz;
Un hijo tierno, flor de mi ventura,
Que voló al cielo y me dejó infeliz.
Nunca á mi falda le verán mis ojos
Venir alegre y retozar gentil;
Ni más mi rostro de sus labios rojos
Sentirá el beso, entre caricias mil.

¡Ay, para siempre en su graciosa boca
De madre el nombre al espirar se heló....
¡Y el de hijo en vano mi cariño invoca,
Que ya de un ángel no soy madre yo!
Triste cipres, si el lúgubre murmullo
Del viento airado te agradó tal vez,
Si te complace el gemidor arrullo
De tortolilla en misera viudez,
Pasará el viento, cesará el gemido,
Y tú en el yermo solo quedarás;
Mas de esta madre el llanto dolorido
Será contigo sin cesar jamás.

(1) Acabada de leer esta composición, tomó la Duquesa el coche para Sevilla.

*El furor frances convierte
En vergüenza y confusion.*

VOZ.

Ved cuál entre polvo y humo
Por los campos de Castilla
Va la bárbara gavilla
Que era un tiempo su opresion.
¡Quién los bate y los humilla
Con el rayo de victoria?
La trompeta de la gloria
Dice al mundo: Wellington.
¡Oh Wellington, nombre fausto
A la Iberia y caro á Marte!
¡Tus contrarios en qué parte
Huirán de tu valor?
Tú los vences en los montes,
En los campos ven tus bríos,
Y las aguas de los rios
Te retratan vencedor.
Entre el Duero y claro Tórmes
Tú á los galos atropellas,
Y aún siguiendo vas sus huellas,
De su entera ruina en pos.
Síguelos, y Europa deba
A tu acero su rescate,
Y si un monstruo la combate,
La defienda un semidios.

CORO.

*Viva el grande, viva el fuerte
Que, en la más gloriosa accion,
El furor frances convierte
En vergüenza y confusion.*

VI.

A la entrada en Cádiz del Duque de Ciudad-Rodrigo despues de levantado el sitio de aquella plaza en consecuencia de sus victorias.

CORO.

*¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso,
Que triunfó con justicia y valor,
Presentarle el tributo amoroso
De ternura, de aprecio y de honor!*

I.

Ved cuál llega á gozarse en el seno
De la iberá leal gratitud,
El que oímos de lejos cual trueno
Dar á Gádes victoria y salud.
Hoy se muestra apacible y triunfante,
Y ayer bravo y con fiero teson,
Los tiranos lanzaba adelante,
Cual las nubes el duro Aquilon.

II.

Acojamos al héroe bizarro
En los muros que él mismo libró;
Y descienda del bélico carro
A gozar de la paz que nos dió.
No la oliva á su frente neguemos,
Ni la rosa de alfombra á sus piés;
Que él sabrá, cuando flores le demos,
En laureles volverlas despues.

III.

Él unió con el nuestro su brazo
Para hazañas de prez inmortal:
Tema, pues, en tan inclito lazo
El injusto opresor su dogal.
Y en el templo de eterna memoria,
Y en los fastos de la última edad,
Se unirá de Wellington la gloria
Con la hispana feliz libertad.

CORO.

*¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso,
Que triunfó con justicia y valor,
Presentarle el tributo amoroso
De ternura, de aprecio y de honor!*

HIMNOS Y CANTATAS.

I.

LA PIEDAD FILIAL Ó EL RESTABLECIMIENTO.

CANTATA (1).

AMELIA, ESPERANZA, CONSUELO.

AMELIA.

Con ecos de dolor, ¡oh Dios! ¡qué nueva
Suena en mi corazón? ¡Misera Amelia!
¡Quién tu constancia prueba
Con golpe tan fatal? Pálidos veo
Los rostros de mis hijos,
Que en su madre infeliz los ojos fijos,
Miran y lloran. ¡Ah! tal vez los tristes,
De terribles presagios acosados,
De esta madre en el rostro hallan anhelan
Consuelos ¡ay! que de mi pecho vuelan.
Vuelan bien lejos, ¡sí! que mi ternura,
Mi amor mismo, ingenioso en darme penas,
Cuanto veo en anuncios me convierte
De amargura y dolor.... Mas ¡ay! ¡qué miro!
Lóbrega nube enluta
El paternal albergue; conturbado
Temblar parece el firme pavimento,
Rásgase al par la matizada alfombra,
Y de la muerte la amarilla sombra
Alzase del abismo al pié del lecho,
Y los lívidos ojos

Y los pálidos brazos revolviendo,
Con uno amaga hácia el sepulcro helado,
Con otro al cuello de mi padre amado.
¡Ay infeliz! Tente, criuel, no acabes
La ejecucion de un golpe tan terrible;
De esta familia idolo y padre á un tiempo
Respeto en él; ¡no sabes
Que el placer y la vida de estos hijos
En esa sola víctima se encierra?
¡Quieres cubrir de lágrimas la tierra?
¡Ah! que á mi triste voz no te conduelles;
Antes más irritada sus críeles
Angustias atosiga con tu aliento;
A tu maligno ardor dobla la frente
El moribundo anciano; junto al lecho
Hijos y siervos tu clemencia imploran,
Y las virtudes desoladas lloran.
¡Cielos, lo consentis? ¡Serán despojos
De la Parca feroz las claras prendas
Que á Elfridio adornan? Sí, que la inhumana,
Más que de vidas, de virtud sedienta,
Los ojos apacienta
En las tumbas de Elóisa (2) y Abelardo;
Y nunca sacia su rencor profundo,
Mientras un tierno amor le quede al mundo.

(Aria.)

Robará la Parca odiosa
A este pecho su delicia;
Que la flor más olorosa,
Más excita la codicia
Del villano segador.

Altos cielos, dadme males
Que al fin cedan á consuelos;
No aficciones inmortales,
Pues si Elfridio muere, ¡oh cielos!
Inmortal será el dolor.

ESPERANZA.

Mujer, que ostentas en tu frente pura
La imagen del dolor y la ternura,
¡Qué tienes, que en desdichas
Muestras vencer á los demas mortales?

(1) Fue cantada la primera vez por la señora Lorenza Correa con música del famoso maestro Fiderici.

(2) ARRIAZA altera aquí la pronunciación prosódica y natural del nombre de *Elóisa*, con el fin de dar armonía al verso. Es una licencia poco digna de imitación. (Nota del Coleccionador.)

AMELIA.

Yo sé sentir, mas no pintar mis males;
Sólo esta voz tu corazón dirija:
Elfridio en riesgo está; yo soy su hija.

ESPERANZA.

¡Harto justo dolor! Mas ¡qué infelice
Cierra su corazón á la esperanza,
Viendo por la carrera de la vida
Del bien y el mal la rápida mudanza?
Que cual las estaciones se varían,
Y al rededor del año van volando
Las nieves y los frutos y las flores,
Se suceden placeres y dolores.
Salvo es tu padre, el cielo lo presagia.

AMELIA.

Y tú, mujer ó diosa, cuya magia
A predecirme tal prodigio alcanza,
¡Quién eres, dime, quién?

ESPERANZA.

Soy la Esperanza.

AMELIA.

Mi pecho es insensible á tu influencia;
La esperanza es el sueño de los tristes:
Su ilusión los aduerme; pero luégo
Despiertan á los males, y cual sombras
Las esperanzas huyen ligeras,
Y las más dulces huyen las primeras.

ESPERANZA.

Te alucina lo acerbo de tu pena;
Oye mi voz, que en tu remedio suena:

(Aria.)

Yo suavizo las pasiones
De los pechos en que vivo,
Del amante y del cautivo
Soy la calma y el sosten.
Si mantengo de ilusiones
Al que sufre penas reales,
El olvido de los males
A lo ménos es un bien.

AMELIA.

Esperanza divina, hija del cielo,
¡Quién no apetecerá tu compañía.
Cuando en el corazón de que te alejas
La rabia ocupa el hueco que tú dejas?
Tú floreces en mí, tú me sugieres
De un padre anciano la afligida imagen
A su serenidad majestuosa
Restituida; ¡qué astro tan avaro
Habrá que niegue vida tan preciosa
A los suspiros que le eleva ansiosa
La tierna prole de quien era amparo?

ESPERANZA.

Si; mas debieras elevarlos ántes
Al que sembró de estrellas el espacio,
Que habita el universo por palacio,
Que en bóveda los cielos ha encorvado
Para que allá resuenen los clamores
Del infeliz, y á su pensar profundo
Los soles arden y se anima el mundo;
Al Sér supremo....

AMELIA.

A desarmar el hado.

ESPERANZA.

Por un digno mortal....

AMELIA.

Un padre amado.

LAS DOS.

De nuestro ardiente celo
Vuela suspiro fugitivo al cielo.

(Plegaria á duo.)

Si un buen padre es, justo cielo,
De tu mano un gran favor,
Vuelve á Elfridio á nuestro anhelo,
O á estos pechos da valor.
Vivirá el amable Elfridio,
Pues tus leyes son de amor,

CONSUELO.

Albricias pide el genio del Consuelo,
Ninfas hermosas; vuelva la alegría
De vuestra faz á colorar las rosas;
Ya el suspirado bien piadoso el cielo
Por mano de las Gracias os envía;
La mano de una madre os lo presenta.
Atropos fiera en vano se resiste
De la fe conyugal al blando acento,
A la expresion de su semblante triste,
Y á un diluvio de lágrimas que honraban
Por un hombre justo el riesgo y sentimiento.
Por fin cedió, y entre ansias y suspiros
Y amorosos desvelos
De una esposa querida,
Elfridio, al fin, renace
Lleno de majestad, de fuerza y vida;
Brillante así como tras negra noche
El noble astro de luz que el Indo adora
Sale de entre los brazos de la aurora.

(Aria.)

Vuela á tu padre,
¡Oh hija afligida!
Que de la vida
Vuelve á gozar;
Y entre caricias
De prole hermosa,
Con las delicias
De amante esposa,
Daréis á Elfridio
Gustos sin cuenta;
Y haréis que sienta
Que de la vida
Vuelve á gozar.

AMELIA.

Almo Consuelo, que entre el alto coro
De los dioses te espacias en el cielo,
Mientras Felicidad de su urna de oro
Te vierte escaso á esta mansion de duelo,
¡Cabe esperar un bien entre mil males?
Cuando parece, en días tan fatales,
Yace la tierra en misero abandono,
De Fortuna entregada al número falso;
Que así nos lanza de la choza al trono,
Como desde la púrpura al cadalso;
¡Puedo entregarme á la ilusión sublime
De recobrar á un padre? ¡Es cierta, dime,
Tan venturosa nueva? ¡Alienta Elfridio?

CONSUELO.

Lo juro, sí, por la divisa mia,
Constancia y Fe.

AMELIA.

¡Qué placida alegríal

CONSUELO.

Tan tierna madre como amante esposa
Delfina le salvó.

AMELIA.

¡Mujer dichosa!

Salvo es mi padre, el corazón respira,
Palpita el pecho, y de placer suspira.

(Aria.)

Dadme guirnalda bellas
Las que sabeis amar,
Que de Delfina en ellas
Quiero la frente ornar.
Ella nos ha salvado
A nuestro padre amado;
Este es de amor ejemplo,
Vamos de amor el templo
Con su memoria á honrar.
Dadme guirnalda bellas
Cuanto sabeis amar, etc.

CONSUELO.

Tú, Amelia, cuya frente ya las palmas
De la alegría engalanar parecen;
Tú, refrigerio de las grandes almas,
Esperanza feliz, cantad conmigo;